

CLARICE
Inspector

Traducción de Geney Beltrán

TIERRA FIRME



NOVELAS II

La manzana en lo oscuro
La pasión según G. H.
Un aprendizaje o El libro de los placeres

TIERRA FIRME

NOVELAS II

CLARICE LISPECTOR

Novelas II

La manzana en lo oscuro
La pasión según G. H.
Un aprendizaje o El libro de los placeres

Traducción
GENEY BELTRÁN



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE México, 2021
Primera edición, FCE Argentina (de la ed. mexicana), 2022

Lispector, Clarice

Novelas II : La manzana en lo oscuro. La pasión según G.H. Un aprendizaje o El libro de los placeres / Clarice Lispector. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2022.

497 p. ; 23 x 17 cm. - (Tierra Firme)

Traducción de: Beltrán Félix Geney.
ISBN 978-987-719-345-9

1. Literatura Brasileira. 2. Literatura Latinoamericana. 3. Novelas. I. Geney, Beltrán Félix, trad. II. Título.

CDD B869

Distribución en los países de habla hispana de Latinoamérica

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Imagen de portada: Clarice Lispector cerca de 1940. Fotografía retocada por la autora.
Acervo Paulo Gurgel Valente.

© 2021, Paulo Gurgel Valente

D. R. © 2022, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN: 978-987-719-287-2 (obra completa)

ISBN: 978-987-719-345-9 (vol. II)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

LA MANZANA EN LO OSCURO [9]

PRIMERA PARTE

Cómo se hace un hombre 13

SEGUNDA PARTE

El nacimiento del héroe 99

TERCERA PARTE

La manzana en lo oscuro 159

LA PASIÓN SEGÚN G. H. [271]

UN APRENDIZAJE O EL LIBRO DE LOS PLACERES [393]

El origen de la primavera o La muerte necesaria en pleno día..... 399

Luminiscencia 413

LA MANZANA EN LO OSCURO

Al crear todas las cosas, él entró en todo. Al entrar en todas las cosas, se convirtió en lo que tiene forma y en lo informe: se convirtió en lo que se puede definir y en lo que no se puede definir; se convirtió en lo que tiene apoyo y en lo que no tiene apoyo; se convirtió en lo que es vulgar y lo que es sutil. Se convirtió en toda clase de cosas: por eso los sabios lo llaman lo Real.

Vedas (Upaniṣad)

PRIMERA PARTE

Cómo se hace un hombre

ESTA historia comienza una noche de marzo tan oscura como es la noche mientras se duerme. La forma como, tranquilo, el tiempo pasaba era con la luna altísima cruzando el cielo. Hasta que ya muy profundamente tarde también la luna desapareció.

Nada diferenciaba ahora el sueño de Martim del lento jardín sin luna: si se duerme tan hondamente, un hombre pasa a no ser más que aquel árbol en pie o el salto de un sapo en lo oscuro.

Algunos árboles habían crecido ahí con enraizada lentitud hasta alcanzar lo alto de sus propias copas y el límite de su destino. Otros salían de la tierra en forma de bruscos mechones. Los parterres tenían un orden que concentradamente buscaba servir a una simetría. Si ésta se discernía desde lo alto del balcón del gran hotel, una persona ubicada al nivel de los parterres no habría de descubrir ese orden; entre los parterres el camino se pormenorizaba en piedritas labradas.

Fundamentalmente, en una de las alamedas el Ford estaba parado desde hacía tanto tiempo que ya era parte del gran jardín entrelazado y de su silencio.

Sin embargo, el paisaje de día era otro, y los grillos al vibrar con un sonido hueco y duro dejaban la extensión completamente abierta, sin una sombra. Mientras, el olor era el seco olor de la piedra exasperada que el día luce en el campo. Ese mismo día Martim había estado de pie en el balcón buscando, con inútil obediencia, no perderse nada de lo que sucediera. Pero no era mucho lo que sucedía: antes de que empezara la carretera que se perdía en la suspendida polvareda del sol, sólo el jardín apenas si se podía contemplar; comprensible y simétrico desde lo alto del balcón; enmarañado cuando se formaba parte de él —y este recuerdo el hombre desde hacía dos semanas lo guardaba en los pies con un cuidadoso interés, conservándolo para un probable uso—. Por más atención que se pusiera, no obstante, no se podía escalar el día; y como un punto dibujado sobre el mismo punto, la voz del grillo era el propio cuerpo del grillo, y no daba informes de nada.

La única ventaja del día era que en la extrema luz el carro se volvía un pequeño escarabajo que fácilmente habría de alcanzar la carretera.

Pero mientras el hombre dormía el carro se volvía enorme como se vuelve gigantesca una máquina parada. Y de noche el jardín era ocupado por la secreta urdimbre con que lo oscuro se yergue, en un trabajo cuya existencia traicionan las luciérnagas de forma inesperada; cierta humedad también denunciaba esa labor. Y la noche era un elemento en que la vida, por volverse extraña, era reconocible.

Fue esa noche que, llegando al vacío y adormecido hotel, el motor del carro se sacudió. Con lentitud se ponía lo oscuro en movimiento.

En vez de despertar y oír directamente, fue a través de un sueño más profundo aún que Martim pasó al otro lado de la oscuridad y escuchó el ruido de las llantas al escupir arena seca. Después se pronunció su nombre, destacado y limpio, de un modo agradable al oído. Era el alemán quien hablaba. En el sueño Martim disfrutó el sonido de su propio nombre. Enseguida el arrebatado grito de un ave, cuyas alas fueron espantadas en la inmovilidad, esa forma como el espanto se parece a una gran alegría.

Cuando el silencio retomó su forma dentro del silencio, Martim se fue durmiendo cada vez más lejos. Aunque en el fondo del sueño algo resonaba con dificultad, intentando organizarse. Hasta que, sin ningún sentido y libre de la molestia de quien requiere se le comprenda, el ruido del carro se rehizo en su memoria con los detalles más sutilmente discernidos. La idea del carro despertó una suave advertencia que en principio no entendió; pero que ya esparcía por el mundo una incierta alarma, cuyo centro irradiador era el propio hombre: "así, pues, yo", pensó su cuerpo conmovido. Siguió acostado, gozando con una sensación de lejanía.

Dos semanas antes aquel hombre llegó al hotel, al que encontró en medio de la noche casi sin sorpresa, de tal modo el cansancio volvía todo posible. Era un hotel vacío, sólo con el alemán y el criado, si es que era el criado. Y durante dos semanas, mientras Martim recuperaba fuerzas gracias a un sueño casi ininterrumpido, el carro seguía parado en una de las alamedas, con las llantas enterradas en la arena. Y tan inmóvil, tan resistente al hábito de la incredulidad del hombre y a su preocupación en no dejarse engañar, que Martim terminó finalmente por considerarlo a su disposición.

Con todo, lo cierto es que ya aquella noche de pies tambaleantes —cuando por fin se dejó caer medio muerto en una cama verdadera con sábanas verdaderas—, ya desde ese instante el carro representaba la garantía de una nueva fuga, en caso de que los dos hombres se mostraran muy curiosos por conocer la identidad del huésped. Y éste se lanzó confiado al sueño como si

nadie jamás consiguiera quitarle a su firme garra, que sólo la sábana aferraba, la rueda imaginaria de un volante.

El alemán, sin embargo, nada le había preguntado y el criado, si lo era, apenas lo vio. La renuencia con que lo aceptaron no venía de la desconfianza, sino del hecho de que el hotel ya no era hotel desde hacía mucho tiempo —todo este tiempo que ha estado infructuosamente en venta, le explicó el alemán y, para no lucir un aire sospechoso, Martim movió la cabeza sonriendo—. Antes de que construyeran la nueva carretera, por ahí pasaban los carros, y el aislado caserón no podía estar mejor situado en tanto era un obligatorio paso en que pernoctar. Cuando se trazó y asfaltó la nueva carretera a cincuenta kilómetros de ahí, desviando lejos el curso del pasaje, todo el lugar fue muriendo y no había más motivo para que alguien necesitara del hotel en la zona ahora entregada a los vientos. A pesar de la aparente indiferencia de los dos hombres, la obstinada búsqueda de seguridad de Martim se anclaba en aquel carro sobre el cual también las arañas, tranquilizadas por la barnizada inmovilidad, habían ejecutado el ideal trabajo aéreo.

Era ese carro el que en plena noche parecía deshacerse con ronquera.

Dentro del silencio otra vez intacto, el hombre miró ahora estúpidamente el techo invisible que en lo oscuro parecía tan alto como si llegara al cielo. Tirado de espaldas en la cama, intentó con un esfuerzo de placer gratuito recrear el ruido de las llantas, pues aunque no sentía dolor de un modo general era placer lo que sentía. Desde la cama no veía el jardín. Un poco de bruma entraba por las persianas abiertas, lo que se le denunció al hombre por el olor de algodón húmedo y por una cierta ansia física de felicidad que da el encierro. Había sido sólo un sueño, entonces. Escéptico, sin embargo, se levantó.

Entre las tinieblas nada vio del balcón, y ni siquiera adivinó la simetría de los parterres. Algunas manchas más negras que la propia negrura indicaban el probable lugar de los árboles. El jardín no pasaba aún de un esfuerzo de su memoria, y el hombre miró quieto, adormecido. Una que otra luciérnaga volvía más vasta la oscuridad.

Olvidado del sueño que lo había guiado hasta el balcón, al cuerpo del hombre le pareció agradable sentirse saludablemente de pie: el aire suspendido apenas si alteraba la oscura posición de las hojas. Ahí, pues, se dejó estar, dócil, aturdido, con la sucesión de cuartos desocupados detrás de él. Sin emoción aquellos cuartos vacíos lo repetían y lo repetían hasta apagarse donde el hombre ya no se alcanzaba más. Martim suspiró dentro de su largo sueño despierto. Sin insistir demasiado, intentó alcanzar la noción de los últimos cuartos como si él mismo se hubiera vuelto demasiado grande y desperdigado y, por algún motivo que ya olvidaba, necesitase oscuramente recogerse para tal vez pensar o sentir. Pero no lo consiguió, y estaba muy

tranquilo. Así se quedó, con el aire cortés de un hombre que se acaba de dar un golpe en la cabeza. Hasta que —como cuando un reloj deja de sonar y sólo entonces uno advierte que había estado sonando— Martim se dio cuenta del silencio y dentro del silencio su propia presencia. Ahora, mediante una incompreensión muy familiar, el hombre comenzó por fin a ser confusamente él mismo.

Entonces las cosas habían llegado a reorganizarse a partir de él mismo: las tinieblas empezaron a ser comprensibles, las ramas comenzaron lentamente a formarse bajo el balcón, las sombras se dividieron en flores aún irresolutas —con los límites ocultos por la lozanía inmóvil de las plantas, los parterres se delineaban llenos, blandos—. El hombre gruñó haciendo un gesto de aprobación: con algo de dificultad había acabado por reconocer el jardín que esas dos semanas de sueño constituyó a intervalos su irreductible visión.

En ese momento una desfalleciente luna cruzó por una nube en absoluto silencio, y en silencio se derramó sobre las piedras tranquilas, y desapareció silenciosa en la oscuridad. Iluminada por la luz de la luna, la cara del hombre se dirigió hacia la alameda donde el Ford habría de estar inmóvil.

Pero el carro había desaparecido.

Súbitamente todo el cuerpo del hombre despertó. Con un vistazo de astucia sus ojos recorrieron la entera oscuridad del jardín... y, sin un gesto de advertencia, se volvió hacia el cuarto con un grácil brinco de mono.

Nada sin embargo se movía en la oquedad del aposento que por lo oscuro se volvía enorme. El hombre siguió jadeando atento e inútilmente feroz, con las manos hacia adelante listas para atacar. Pero el silencio del hotel era el mismo de la noche. Y sin límites visibles el cuarto prolongaba en esa misma exhalación la oscuridad del jardín. Para despertarse, el hombre se frotó varias veces los ojos con el dorso de una mano mientras dejaba la otra libre para defenderse. Fue inútil su nueva sensibilidad: en las tinieblas los ojos totalmente abiertos ni siquiera veían las paredes.

Era como si lo hubiesen depositado abandonándolo en un campo. Y por fin despertara de un largo sueño del cual habían formado parte un hotel ahora desmantelado en un piso vacío, un carro sólo imaginado por el deseo, y sobre todo hubieran desaparecido los motivos de un hombre para hallarse todo expectante en un lugar que a su vez era también una pura expectación.

De lo real sólo le quedó la sagacidad que lo había hecho dar un brinco para confusamente defenderse. La misma que lo llevaba ahora a razonar con inesperada lucidez que si el alemán hubiera ido a denunciarlo necesitaría de algún tiempo para ir y volver con la Policía.

Lo que lo dejaba aún temporalmente libre... a menos que el criado hubiera recibido la encomienda de vigilarlo. Y en ese caso el criado, de serlo, se

hallaría en este preciso instante a la puerta de aquel mismo cuarto con el oído atento al menor movimiento del huésped.

Así pensó. Y, terminado el razonamiento, al cual llegó con la maleabilidad con que un invertebrado se hace más pequeño para deslizarse, Martim se zambulló de nuevo en la misma ausencia anterior de razones y en la misma obtusa imparcialidad, como si nada tuviera que ver consigo, y la especie se hiciera cargo de él. Sin volver la mirada, guiado por una escurridiza destreza de movimientos, comenzó a descender por el balcón apoyando los pies inesperadamente flexibles en el saliente de los ladrillos. Desde su atenta lejanía el hombre sentía cerca de la cara, como si nunca lo fuera a olvidar, el olor malévolo de las hiedras quebradas. Su alma ahora sólo alerta no distinguía lo que era o no era importante, y a toda la operación le dio la misma consideración escrupulosa.

Con un salto ligero, que hizo al jardín asfixiarse en un suspiro contenido, se encontró en el mero centro de un parterre —que se estremeció todo y después se cerró—. Con el cuerpo advertido el hombre esperó a que el mensaje de su salto se transmitiera de secreto eco en secreto eco hasta transformarse en un silencio distante; ese sordo ruido terminó esparciéndose por las laderas de alguna montaña. Nadie había enseñado al hombre esa connivencia con lo que ocurre de noche, pero un cuerpo lo sabe.

Esperó un poco más. Hasta que nada sucedió. Sólo entonces tanteó con detenimiento los anteojos en el bolsillo: estaban enteros. Suspiró con cuidado y finalmente miró en derredor. La noche era de una gran y oscura delicadeza.

2

Aquel hombre caminó leguas para dejar así el caserón cada vez más a sus espaldas. Intentó caminar en línea recta y a ratos se quedaba inmóvil un segundo tomando con cautela el aire. Como andaba entre tinieblas no podía siquiera adivinar en qué dirección había dejado el hotel. Lo que lo guiaba en lo oscuro era sólo la propia intención de caminar en línea recta. El hombre bien podría ser un negro, tan poco le servía la claridad de su piel, y sólo sabía quién era por la sensación en sí de los movimientos que él mismo hacía.

Con la mansedumbre de un esclavo, huía. Cierta dulzura se había apoderado de él, sólo que él vigilaba la propia sumisión y de algún modo la dirigía. Ningún pensamiento perturbaba su marcha constante y ya insensible, sólo de vez en cuando la apenas sugerida idea de que quizá estuviera caminando en círculos, con la desconcertante posibilidad de hallarse de nuevo ante las paredes del hotel.

Siempre, más allá del suelo que los pasos alcanzaban, estaba la oscuridad. Ya había caminado horas, lo que pudo calcular al sentir los pies hinchados por el cansancio. Sólo descubriría dónde se delineaba el horizonte cuando el día brillara disolviendo las brumas. Como la oscuridad aún se le mantenía tan pegada a los ojos inútilmente abiertos, terminó por concluir que había escapado del hotel no de madrugada, sino en plena noche. Trayendo en su interior el gran espacio vacío de un ciego, avanzaba.

Ya que no necesitaba de la vista, probó a andar con los ojos cerrados, pues por una precaución generalizada él ahorraba en lo que podía. Con los ojos cerrados le pareció que giraba en torno de sí mismo con un vértigo no del todo desagradable.

A medida que caminaba el hombre sentía en las narinas aquella aguda falta de olor que es peculiar de un aire muy puro y que se mantiene distinto de cualquier otra fragancia que también se pueda sentir —y eso lo guiaba como si su único destino fuera encontrarse con lo más fino del fondo del aire—. Pero los pies tenían la milenaria desconfianza de la posibilidad de pisar algo que se moviera —los pies palpaban la blandura sospechosa de aquello que aprovecha la oscuridad para existir—. Gracias a los pies entró en contacto con ese modo de ceder y poder ser moldeado que es por donde se entra en lo peor de la noche: en su permiso. No sabía dónde pisaba, si bien a través de los zapatos que se habían vuelto un medio de comunicación, él sentía la incertidumbre de la tierra.

Nada podría hacer el hombre salvo esperar que la primera penumbra le revelara el camino. Mientras, podría dormir en el suelo que, alejado por las tinieblas, le pareció inalcanzable. Ya sin sentirse avivado por el peligro, había desaparecido la sagacidad que ahora le sería sólo un escollo. Y de nuevo lo dominaba el suave embrutecimiento. El piso estaba tan lejos que, abandonando el cuerpo, éste por un instante experimentó la caída en el vacío. Apenas, sin embargo, había tocado en una porción de tierra que se le escapaba bajo los pies, y ésta instantáneamente se desencantó en algo resistente, cuyas duras arrugas estables parecían las del cielo desde la boca de un caballo. El hombre estiró las piernas y reclinó la cabeza. Ahora que se había quedado inmóvil, el aire se sentía afilado y dolía extremadamente limpio. El hombre no traía sueño, pero en lo oscuro no sabía qué hacer con la gran vigilia. Además no tenía nada que hacer.

A esas alturas ya se había acostumbrado a la música extraña que se escucha de noche y que surge de la posibilidad de que algo trine y de la fricción delicada del silencio contra el silencio. Era un lamento sin tristeza. El hombre se hallaba en el corazón del Brasil. Y el silencio disfrutaba de sí mismo. Pero si la blandura era el modo como se escuchaba la noche, para la noche la

blandura era su propia aguda espada, y en la blandura la noche toda estaba contenida. El hombre no se dejó hechizar por la delicia que sintió en la suavidad; adivinaba que leguas más allá la oscuridad sabía que él estaba ahí. Se mantuvo pues al acecho, teniendo bajo perfecto control los medios de comunicación de la noche.

Varias veces intentó acomodarse en una posición más cómoda. Tenía un cuidado impersonal consigo mismo como si fuera un paquete. Pero debajo se hallaba el suelo definitivo, encima la única estrella, y el hombre se sentía despierto por las dos cosas despiertas en la oscuridad. A cada movimiento suyo, el rostro o las manos encontraban algo enérgico que después de empujado le devolvía un leve golpe. Palpó con dedos sabios: era una rama.

Un instante más, con todo, y rudamente el sueño lo asaltó en la posición más inesperada: con una de las manos protegiéndose los ojos y la otra manteniendo alejado el áspero follaje.

El hombre durmió concentradamente durante horas. Justamente las horas que duró la formación de un pensamiento, cualquiera que haya sido, pues ya no podía entenderse sin existir a través de la agudeza del sueño. Desde el momento en que cerró los ojos la vasta idea impronunciable comenzó a formarse... y todo funcionó tan perfecto que esa idea llenó, sin hiato y sin requerir echar reversa una sola vez para corregirse, el sueño que él necesitaba para pensar. Mientras dormía no gastaba nada de lo poco que había llegado a ser, pero sacaba algo de su raza de hombre, lo que era indistinto y satisfactorio. A través de esa cosa hecha de rugido entendía mucho: su boca estaba rebosante de buena y nutritiva saliva. Así, cuando el último paso de su futuro se completó, Martim se movió en la dureza del suelo. No había abierto aún los ojos, pero al sentir el propio entorpecimiento se reconoció, y con renuencia entendió que estaba despierto.

De hecho sobre los finos párpados sentía con dolor el gran peso del día.

Pero con un gesto de desconfianza y sin motivo inteligible consideró al parecer más prudente comunicarse con la situación a través del tacto: con los ojos cerrados, deslizó los dedos graduales por la tierra que ahora, en promisoría señal, que no entendió pero sí aprobó, le parecía menos fría y menos compacta. Con esta primaria garantía, abrió finalmente los ojos.

Y una claridad salvaje lo cegó como si hubiera recibido en la cara una salada ola de mar.

Aturdido, con la boca abierta, aquel hombre estaba infantilmente sentado a la mitad de una extensión desierta que en todas direcciones se perdía de vista. Era una luz estúpida y seca. Y se hallaba sentado como un muñeco impuesto en medio de aquella cosa que se le imponía.

El lugar donde se hallaba estaba lejos de ser desconcertante como en lo oscuro sus pies dormidos habían imaginado. Inquieto, su cuerpo no supo si había o no de sentir placer con ese descubrimiento. Con cautela constató los pocos árboles dispersos a la distancia. El suelo infinito era seco y rojizo. No se trataba de un bosque como había calculado por la rama que le pegó en el rostro. Se había por azar dormido cerca de uno de los escasos arbustos del descampado.

Sentado, miraba mientras se ponía en guardia: si el silencio forma parte natural de la oscuridad, él no había contado con el vehemente mutismo del sol. Siempre había experimentado el sol como voces. Se mantuvo pues inmóvil para no espantar a lo que fuese. Era un silencio como si fuera a suceder algo que un hombre no percibe, pero los pocos árboles se mecían y los animales ya habían desaparecido.

Sabiamente teniendo en cuenta la propia limitación que lo volvía más indefenso que un conejo, esperó entonces con la cabeza erguida como si una actitud de imparcialidad lo volviese invisible. Tampoco nadie le había enseñado eso. Pero en dos semanas había aprendido cómo es que un ser sin pensar ni moverse está no obstante todo ahí. Después, con la minuciosidad de la prudencia, comenzó a mirar casi sin mover la cabeza, sólo inclinándola imperceptiblemente hacia atrás, a fin de ampliar su campo de visión.

Y lo que Martim vio fue una extendida planicie vagamente de subida. Mucho más allá comenzaba un ligero declive que, por la gracia de sus líneas, prometía deslizarse hacia un valle aún invisible. Y al término del silencio del sol, estaba aquella elevación endulzada por el oro, apenas discernible entre brumas o nubes bajas, o tal vez por el hecho de que el hombre no estaba usando los anteojos. No sabía si era montaña o sólo neblina iluminada.

Sintiéndose seguro por la vastedad de la distancia que alejaba cualquier inminencia, el hombre fue poco a poco trayendo la mirada hacia lo que lo rodeaba de un modo más personal.

En la tranquila extensión, uno que otro arbusto disecado por la inmovilidad última del sol. Dispersos, algunos rígidos árboles. Una que otra peña más grande se erguía perpetua.

El hombre rebajó la tensión del cuerpo: no había peligro. Se trataba de una extensión tranquila y leal, toda puesta ante la superficie de sí misma. Y no tenía ningún obstáculo —salvo una corta y dura sombra que se postraba junto a cada cosa que había sido ahí puesta—. Pero no había peligro. De hecho, ni se podría imaginar que aquel lugar tuviera un nombre o fuese siquiera conocido por alguien. Era sólo el gran espacio vacío e inexpressivo donde, por cuenta propia, se erguían piedras y piedras. Y aquella claridad enérgica que lo había alarmado no pasaba de la otra faz del silencio. Incluso

así, en extrema franqueza, tanto la claridad como el silencio veían cara a cara el cielo.

El silencio del sol era tan completo que con el ya inútil oído probó a dividirlo en etapas imaginarias como en un mapa para así poder abarcarlo gradualmente. Pero luego de la primera etapa el hombre comenzó a girar en el infinito, lo que lo sobresaltó como si fuera una advertencia. El oído, ahora más modesto, intentó por lo menos calcular en qué terminaría el silencio: ¿en casas?, ¿en algún bosque?, ¿y qué sería esa mancha a lo lejos: una montaña o sólo el oscurecimiento que viene de la acumulación de las distancias? Le dolía el cuerpo.

Al ponerse de pie el hombre inesperadamente retomó toda la estatura de su cuerpo, lo que le dio automáticamente cierta altivez como si, al erguirse, hubiera inaugurado el yermo. Y a pesar de los hombros inclinados, se sintió como si dominara la extensión y estuviera dispuesto a seguirla. Con todo, se sentía enceguecido por la luz: ahí ninguno de sus sentidos le servía, y aquella claridad lo desorientaba más que la oscuridad de la noche. Cualquiera dirección era la misma ruta vacía e iluminada, y no sabía qué camino significaría avanzar y cuál retroceder. De hecho, en todos los lugares donde probó a ponerse de pie, él mismo se volvió el centro del gran círculo y el comienzo sólo arbitrario de un camino.

Pero desde que, dos semanas atrás, aquel hombre experimentó el poder de un acto, parecía también haber llegado a admitir la estúpida libertad en que se encontraba. Sin un pensamiento de respuesta, pues, soportó inmóvil el hecho de ser el único punto de partida de sí mismo.

Entonces, como si contemplara por última vez antes de partir del lugar donde su casa había sido incendiada, Martim miró el gran vacío soleado. Lo vio bien. Y ver era lo que sí podía hacer. Lo hizo con una dosis de orgullo, la cabeza erguida. En dos semanas había recuperado un orgullo natural y, como una persona que no piensa, se había vuelto autosuficiente.

Pronto sus pasos pausados y repetidos formaron una marcha monótona. Miles de pasos cadenciosos que lo aturdieron y lo llevaron por sí solos hacia adelante, entorpecido, agigantado por el cansancio, ahora avanzando con un aire de idiota contento. Hasta un punto en que, si se detenía, habría de caerse. Pero avanzaba cada vez más poderoso. A medida que el tiempo pasaba, el sol lucía más redondo.

Hacia el rumbo del mar pretendía ir aquel hombre, antes incluso de haber encontrado por feliz causalidad el hotel. Pero —sin mapa, conocimiento ni brújula— se embreñó tierra adentro. Ora como si cualquier camino terminara fatalmente en mar abierto, lo que era una verdad, pero que difícilmente se alcanzaría a pie; ora como si en realidad no tuviera él la menor

pretensión de ir a ningún lugar determinado. Después, con la continuación aplastante de noches y días —y el unirse a la continuación, poniendo en ésta el cuerpo entero, se había vuelto el secreto objetivo desde que huyó—, con la continuación de noches y días el hombre terminó por olvidar el motivo por lo cual había querido encontrar el mar. Quién sabe, tal vez no fuera por ningún motivo de orden práctico. Tal vez fuera sólo para que, una vez llegado finalmente al mar, en un instante de oscura belleza, ahí él se encontrase.

Cualquiera, sin embargo, que hubiera sido el motivo, se le había olvidado. Y caminando sin parar, el hombre se rascó violentamente la cabeza con dedos despiadados: tenía un gusto malsano en ese olvido. Lo que no impedía que incluso ahora —en la semivigilia de los pasos cerraba los ojos cuya humedad había secado ya la luz—, incluso ahora la visión del antiguo deseo se concretara. Cuando cerró los ojos vio de súbito el agua verde al reventar contra los peñascos y salándole el rostro caliente. Se pasó la mano por el rostro y sonrió misteriosamente al sentir la rígida barba aparecer, lo que también era algo promisorio y satisfactorio; sonrió con una mueca de falsa modestia, y apresuró aún más los pasos. Lo guiaba la suavidad de los bárbaros, la misma que hace que un animal camine bellamente.

Pero a veces, a ese cuerpo que los pasos habían vuelto mecánico y leve, un mar desierto ya nada le decía. Y buscando en sí, sólo Dios sabe para qué, el contacto con un deseo más intenso... ¡consiguió ver el mar lleno de la extrema altura de los mástiles y del estertor de las gaviotas!, gaviotas de entrañas que gritan su hálito de sal, el alborozado mar de los que parten, la marea que lleva por delante. “Te amo”, le dijo con la mirada a una piedra, porque el súbito mar de gritos le perturbó profundamente las entrañas, y de ese modo miró la piedra.

Un kilómetro más adelante el hombre sin embargo ya había olvidado esa forma del mar, cuyo esfuerzo de invención lo había dejado en verdad exhausto. Y luego de tropezar a las prisas en el cascajo, extendió con una gran invocación los brazos hacia el deseo de un mar nocturno, cuyo rumor desenvolvería por fin la espesura que existe en el silencio. Sus huecos oídos tenían sed, y el rumor primigenio del mar sería lo que menos comprometería el modo cauteloso como él se había vuelto sólo un hombre que camina. Puesto que extendió abruptamente los brazos, perdió el equilibrio y casi se caía —le brincó varias veces el espantado corazón—. Desde siempre aquel hombre había tenido miedo de algún día caerse en medio de una ocasión solemne. Pues había de ser en aquel momento que, perdiendo la certeza con que un hombre se mantiene sobre los dos pies, se arriesgó a la penosa acrobacia de volar con torpeza. Boquiabierto, miró en derredor ya que ciertos gestos se

vuelven aterradores en la soledad, con un valor final en sí mismos. Cuando un hombre cae solo en un campo no sabe a quién dedicar la caída.

Por vez primera desde que empezó a caminar, se detuvo. Ya ni siquiera sabía hacia qué había extendido los brazos. En el corazón sentía la miseria que existe en tener una caída.

Recomenzó entonces su andar. Cojear le daba una dignidad al sufrimiento.

Pero con la interrupción perdió una velocidad esencial que buscó entonces compensar sustituyéndola por una especie de íntima violencia. Y como necesitaba tener frente a sí algo que lo esperara... de nuevo el mar reventó con furia contra un peñasco.

Llegar un día al mar era, sin embargo, algo a lo que él ahora recurría en su parte de sueño. No pensaba siquiera un instante en actuar de modo que la visión feliz se volviera una realidad. Ni incluso si supiera qué pasos lo llevarían al mar los daría ahora —así se había poco a poco descartado con sabiduría instintiva de todo lo que pudiera mantenerlo impedido para un futuro, pues el futuro es un cuchillo de doble filo, y el futuro moldea el presente—. Con el correr de los días también otras ideas habían quedado gradualmente atrás como si, a medida que el tiempo sin definir el peligro lo volviese mayor, el hombre fuera despojándose de lo que pesa. Y sobre todo de lo que aún pudiera mantenerlo en la cárcel del mundo anterior.

Hasta que ahora —sin ningún deseo, cada vez más leve, como si también el hambre y la sed fueran un desprendimiento voluntario de que él estaba comenzando poco a poco a envanecerse—, hasta que ahora avanzaba enorme en el campo, mirando en torno suyo con una independencia que se le subió con placer grosero a la cabeza, y comenzó a tontearlo de felicidad. “Hoy ha de ser domingo”, llegó a pensar con cierta gloria, y domingo sería la gran coronación de su imparcialidad. ¡Hoy debe de ser domingo!, pensó con súbita altivez como si lo hubieran ofendido en su honor.

Se trataba de su primer pensamiento claro desde que dejó el hotel. En realidad, desde que huyó, era el primer pensamiento que no tenía una mera utilidad defensiva. De entrada, además, Martim ni siquiera sabía qué hacer con él. Sólo se agitó ante la novedad, y se rascó vorazmente sin dejar de caminar. Entonces, aprobándose con ferocidad y acompañando el pensamiento con ánimo ronco, repitió: hoy debe de ser domingo.

Aparentemente debía de ser más una constatación indirecta de sí mismo antes que del día de la semana, pues, sin detenerse un segundo en su caminar, completó la radiante y seca mirada a lo que acababa de llamar “domingo” con un tanteo torpe de los bolsillos. Sin razón ninguna, sino la de su propio cansancio, caminaba cada vez más de prisa. En realidad, ahora ape-

nas si conseguía acompañarse. Y emocionado en esa competencia con sus propios pasos, miró en torno suyo con inocente deslumbramiento, la cabeza hirviéndole por el sol.

Sin contar los días pasados no había motivo para creer que sería domingo. Martim se detuvo entonces, un poco avergonzado por la necesidad de ser comprendido, de la cual aún no se liberaba.

Lo cierto era que el descampado tenía una existencia limpia y extranjera. Cada cosa estaba en su lugar. Como un hombre que cierra la puerta y sale, y es domingo. Además, el domingo era el primer día de un hombre. Ni había sido creada aún la mujer. El domingo era el descampado de un hombre. Y la sed, liberándolo, le daba un poder de elección que lo embriagó: ¡hoy es domingo!, determinó categórico.

Se sentó entonces en una piedra y muy tenso se quedó mirando. La mirada no se frenó en ningún obstáculo y vagó por el mediodía intenso y tranquilo. Nada le impedía transformar la fuga en un gran viaje, y estaba dispuesto a disfrutarla. Miraba.

Pero hay algo en la extensión de un campo que lleva a que un hombre solo se sienta solo. Sentado en una piedra, el hecho final e irreductible era que él estaba ahí. Entonces, con súbito celo, sacudió amoroso el polvo de la chaqueta. De un modo oscuro y perfecto él mismo era la primera cosa puesta en el domingo. Eso lo volvía tan precioso como una semilla; jaló una hebra de la chaqueta. En el suelo su sombra negra y definida delimitaba sin engaño favorable hasta donde él estaba. Él mismo era su primer mojón.

Con todo, además de querer limpiarse por una mera cuestión de decencia, el hombre no parecía tener la menor intención de hacer nada con el hecho de existir. Lo que hacía era estar sentado en una piedra. Tampoco pretendía tener el menor pensamiento sobre el sol.

Era en eso pues que residía la libertad. El cuerpo le gruñó con placer, y el traje de lana le daba comezón por el calor. La ilimitada libertad lo había dejado vacío, cada gesto suyo repercutía como aplausos a la distancia: al rascarse, ese gesto rodó directamente hacia Dios. La cosa más desapasionadamente individual acontecía cuando una persona tenía libertad. En el comienzo eres un hombre estúpido con la más grande soledad. Después, un hombre que ha recibido una bofetada y aun así sonríe beato porque la bofetada le da de regalo al mismo tiempo una cara que él ni sospechaba. Después, poco a poco, comienzas, sonso, a ponerte cómodo y a tomarte las primeras intimidades impúdicas con la libertad: no vuelas sólo porque no quieres, y cuando te sientas en una piedra es porque en vez de volar te sentaste. ¿Y luego?

Luego, como ahora, lo que Martim sentado experimentaba era una orgía muda en la cual existía el virginal deseo de envilecer lo que se pueda

envilecer; y todo se podía envilecer, y ese envilecimiento sería un modo de amar. Estar contento era un modo de amar; sentado, Martim estaba muy contento.

¿Y luego? Bien, lo único que sucedería después es que iría a decir lo que sucedería después. Por ahora el hombre prófugo se quedó sentado en la piedra porque de quererlo podría no sentarse en la piedra. Esto le daba la eternidad de un pájaro al posarse.

Después de lo cual Martim se puso de pie. Y sin preguntarse qué hacía, se arrodilló frente a un árbol seco para examinar el trono: no parecía necesario reflexionar para resolver, se había desembarazado de eso también. Quitó pues un pedazo de cáscara medio suelta, la desmigajó entre los dedos con una atención un poco afectada, como si actuara ante un público. Y luego de ser este su estudio del modo peculiar como aquello que se desconoce se organiza, Martim se puso de pie como una orden y siguió su marcha.

Más adelante se detuvo al ver el primer pajarito.

Trazado en la fuerte luz estaba un pajarito. Como Martim estaba libre, ésa fue la cuestión: en la luz el pajarito. Con el celo minucioso a que ya se estaba acostumbrando, se puso a trabajar golosamente con ese hecho.

El pajarillo negro estaba posado en una rama baja, a la altura de sus ojos. E impedido de volar por la mirada ruda del hombre, se movía cada vez a voluntad, intentando no encarar lo que estaba por sucederle, alternando nerviosamente el apoyo del cuerpo en una o en otra pata. Así los dos permanecieron frente a frente. Hasta que con la mano pesada y potente el hombre lo tomó sin lastimarlo, con la bondad física que tiene una mano pesada.

El pájaro temblaba todo él en el puño sin atreverse a piar. El hombre miró con una curiosidad grosera e indiscreta la cosa en su mano como si hubiera apresado un puñado de alas vivas. Poco a poco el pequeño cuerpo dominado dejó de temblar y los ojos menudos se cerraron con una dulzura femenina. Ahora, contra los dedos extremadamente auditivos del hombre, solamente el latido diminuto y rápido del corazón indicó que el ave no había muerto y que la protección la hacía, por fin, resignarse a descansar.

Asombrado por la perfección automática de aquello que le sucedía, el hombre gruñó mirando el animalito; la satisfacción lo hizo reír ruidosamente, con la cabeza echada hacia atrás, lo que provocó que su cara mirara de frente el solazo. Luego dejó de reír como si eso hubiera sido una herejía. Y penetrado con su tarea, mientras la mano semicerrada sólo dejaba de fuera la cabeza dura y aguda del ave, el hombre retomó su andar con ímpetu ocupándose de su compañero. Lo único en que pensaba era el ruido de los propios zapatos al hacerle eco en la cabeza que ahora el sol tranquilamente le incendiaba.

Y poco después, con la secuencia de los pasos, de nuevo el gusto físico de estar caminando comenzó a adueñarse de él, y también un placer apenas discernible como si hubiera ingerido una droga afrodisiaca que lo hiciera querer no una mujer, sino responder al estremecimiento del sol. Tan cerca del sol no lo había estado nunca, y caminaba cada vez más de prisa asegurando frente a sí el ave como si tuviera que llevarla antes de que la oficina de correos cerrase. La vaga misión lo embriagaba. La levedad que venía de la sed de repente lo llevó al éxtasis:

—¡Lo es, sí! —dijo alto y sin sentido, y parecía cada vez más glorioso como si estuviera por caer muerto.

Miró en torno suyo hacia el círculo perfecto que, en un horizonte aterrado, el cielo de luces hacía al unirse a una tierra cada vez más suave, y cada vez más suave, y cada vez más suave... La suavidad incomodó al hombre con un placer cosquilleante: “¡lo es, sí!”, y él libre, libertado por sus propias manos —pues de súbito le pareció que había sido eso lo que le sucedió dos semanas atrás—.

Repitió entonces con inesperada certeza: “¡lo es, sí!” Cada que decía esas palabras estaba convencido de que aludía a algo. Hasta hizo un gesto de generosidad y largueza con la mano que aseguraba al pajarito, y magnánimo pensó: “ellos no saben a qué me estoy refiriendo”.

Después —como si pensar se hubiera reducido a ver, y la confusión de luz temblara en él como en el agua— se percató en refracción inversa que él mismo había olvidado a qué aludía. Pero estaba tan obstinadamente convencido de que se trataba de algo de la mayor importancia, aunque tan vasto que ya no le era siquiera discernible, por lo que respetó con altivez la propia ignorancia y se aprobó con ferocidad: “lo es, sí”.

—¿Acaso no sabes hablar?!

El hombre se detuvo boquiabierto. Como si se lo hubieran lanzado a los ojos, volvió a ver el rostro impaciente de la mujer que una vez lo interpeló así sólo porque él no le había respondido. Desde la primera vez la frase sonó como una frase cualquiera —mientras los tranvías avanzaban y el radio ininterrumpido sonaba y la mujer sin parar oía el radio con buen humor y esperanza, y él un día quebró el radio mientras los tranvías avanzaban, y aun así el radio y la mujer nada tenían que ver con la minuciosa rabia de un hombre que probablemente ya llevaba consigo el hecho de que un día tendría que comenzar por el mero inicio, él, que ahora comenzaba por el domingo—.

Pero esta vez la simple frase enojada, al sonar en el rojo silencio del descampado, lo hizo detenerse con tal perplejidad que el pajarito despertó moviendo en su mano las alas aflagidas. Desorientado, Martim lo miró, con

asombro por tener un pájaro en la mano. La embriaguez del sol se había cortado súbitamente.

Sobrio, miró con modestia esa cosa en su mano. Después miró el descampado dominical con sus piedras silenciosas. Había estado durmiendo profundamente mientras caminaba y por vez primera despertaba. Y como si una nueva ola del mar reventara contra las rocas, la claridad se impuso.

El hombre miró dócil el pajarito. Sin dominio sobre sí, sus dedos ahora inocentes y curiosos lo dejaban obedecer a los movimientos extremadamente vivos del ave, y se abrían inertes: el pájaro voló en una chispa de oro como si el hombre lo hubiera lanzado. Y se posó inquieto en la piedra más alta. Desde allá miraba al hombre, piando sin cesar.

Por un instante paralizado, Martim lo miró y se miró las propias manos que, vacías, lo miraban atónitas. Recuperándose, sin embargo, corrió furioso hacia el pajarito, y así lo persiguió algún tiempo, el corazón latiéndole con cólera, los zapatos impacientes tropezaban en los guijarros, se raspó la mano en una caída que hizo dar a una piedrita varios saltos secos hasta enmudecer...

La quietud que siguió fue tan vacía que el hombre todavía intentó escuchar un último ruido de la piedra para calcular la profundidad del silencio adonde la había lanzado.

Hasta que una gran ola de luz relajó la tensión de la expectativa, y Martim se pudo mirar la mano. Le ardía, y la sangre destilaba fina. Olvidado de la persecución, ahora muy interesado, sus labios secos chuparon el rasguño con la cariñosa avidez de una persona que está sola. Al mismo tiempo que le despertó la sed, la sangre en la boca le dio una actitud guerrera que pasó luego enseguida.

Cuando el hombre levantó al fin los ojos, el pajarito perturbado lo esperaba como si hubiera luchado sólo porque pretendía ceder. Martim extendió la mano herida y lo tomó con una firmeza sin esfuerzo. Desde ese momento el ave se agitó menos y, reconociendo el antiguo abrigo, se acomodó para dormirse. Con el leve paso que cargaba, comenzó el hombre su marcha entre las piedras.

—Ya no sé hablar —le dijo entonces al pajarito, evitando mirarlo por un cierto y delicado pudor.

Sólo después pareció entender lo que había dicho, y miró el sol de frente. “Perdí el lenguaje de los otros”, repitió entonces bien lento como si las palabras fueran más oscuras de lo que son, y de algún modo muy lisonjeras. Estaba serenamente orgulloso, con los ojos claros y satisfechos.

Se sentó entonces en una piedra, erecto, solemne, vacío; aseguraba oficialmente el pájaro en la mano. Porque algo le sucedía. Y se trataba de una cosa con significado.

Aunque no hubiera un sinónimo para esa cosa que le estaba sucediendo. Un hombre sentado. Y no había sinónimo para ninguna cosa, y entonces el hombre estaba sentado. Así era. Lo bueno es que era indiscutible. E irreversible.

Es cierto que aquello que le estaba sucediendo tenía un peso que debía soportarse... y él reconoció bien el peso familiar. Era como el peso de sí mismo. Aunque fuera una cosa incomparable: aquel hombre parecía ya no tener nada equivalente que poner en el otro plato de la balanza. Conocía eso vagamente. A veces en su antiguo departamento había tenido ese malestar mezclado con placer y conciencia, que siempre derivaba en alguna decisión que nada tenía que ver con el sentimiento de dificultad. Nunca lo había sentido, es verdad, con esa nitidez final del descampado. A eso le ayudaba la propia sombra que lo delimitaba sin ambigüedad en el suelo.

Esa cosa que estaba sintiendo debía de ser, en último análisis, sólo él mismo. Tenía el sabor que la lengua tiene en la propia boca. Y era la misma falta de nombre, como le falta nombre al gusto que la lengua tiene en la boca. No era, pues, nada más que eso.

Pero, ante esa cosa, uno permanecía un poco atento; y permanecer atento a eso, era ser. Así, pues, en su primer domingo, él era.

Lo que, sin embargo, comenzó a resultarle un poco intenso. El hombre se movió entonces incómodo en la piedra, respondiendo físicamente a la inmaterialidad de la propia tensión, como hace una persona que se ha inquietado. Y si hacía así era porque, a pesar de no conocerse, le era familiar a él mismo al punto de saber cómo responder. Eso sin embargo no le bastó. Miró entonces en torno suyo, como quien busca el contrapunto de una mujer. Pero no había siquiera un sinónimo para un hombre sentado con un pájaro en la mano.

Entonces, paciente y digno, esperó a que la cosa pasara sin que él por lo menos la tocara.

Pues aquel hombre siempre había tenido una tendencia a caer en la profundidad, lo que un día aún podría llevarlo a un abismo: por eso sabiamente se tomó la precaución de abstenerse. Su contención, en la corteza fácilmente rompible de la profundidad, le dio el placer de la contención. Siempre había sido un equilibrio difícil, el suyo, el de no caer en la voracidad con que olas y más olas lo esperaban. Todo un pasado estaba sólo a un paso de la extrema cautela con que aquel hombre buscaba mantenerse únicamente vivo, y nada más —así como a un animal sólo le brillan los ojos, manteniendo intocada atrás de sí su vasta alma animal—. Entonces, sin tocarla, se dispuso a esperar impasible que la cosa pasase.

Antes que pasara, involuntariamente la reconoció. Aquello... aquello era un hombre que pensaba... Entonces, con infinito desagrado, físicamente

confundido, se acordó en el cuerpo de cómo es un hombre que piensa. Un hombre que piensa era aquello que, al ver algo amarillo, decía con deslumbrado esfuerzo: esa cosa no es azul. No que Martim hubiera llegado propiamente a pensar, pero lo reconoció como se reconoce en la forma de las piernas inmóviles el posible movimiento. Y más que eso él reconoció: esa cosa en realidad había estado con él durante toda la fuga. Fue sólo por descuido que casi la dejaba ahora propagarse.

Entonces, sobresaltado, como si con el sobresalto hubiera reconocido el artero retorno de un vicio, tuvo tal repugnancia ante el hecho de casi haber pensado que apretó los dientes en una dolorosa mueca de hambre y desamparo —y se volvió inquieto hacia todas las partes del descampado buscando entre las piedras un medio de recuperar la potente estupidez anterior que se le había vuelto una fuente de orgullo y dominio—.

Pero el hombre estaba inquieto: ¿no sería entonces una persona capaz de dar dos pasos libres sin caer en el mismo error fatal?; pues el viejo sistema de inútilmente pensar, y de incluso complacerse en pensar, quiso volver: sentado en la piedra con el pajarito en la mano, por descuido llegó a sentir hasta placer. Y, si se descuidaba un minuto más, recuperaría en un solo borbotón su existencia previa: cuando pensar le era una acción inútil y el placer sólo vergonzoso. Desamparado, se movió sobre la piedra caliente: parecía buscar un argumento que lo protegiera. Necesitaba defender lo que, con enorme valor, conquistó dos semanas atrás. Con enorme valor, aquel hombre había dejado por fin de ser inteligente.

¿O lo fue alguna vez realmente?: la duda feliz lo hizo guiñar con gran perspicacia —pues si él consiguiera probarse que nunca fue inteligente, se revelaría entonces también que su propio pasado fue otro, y se revelaría que algo en el fondo de sí mismo siempre estuvo completo y sólido—.

“En realidad”, pensó entonces probando con cuidado ese truco de defensa, “en realidad sólo imité la inteligencia igual que podría nadar como un pez ¡sin serlo!” El hombre se movió contento: ¿imité?, ¡pero claro! Como si, imitando lo que sería obtener el primer lugar en el concurso de estadística, ¡él sí hubiera ganado el primer lugar en el concurso de estadística! En realidad, concluyó muy interesado, sólo imité la inteligencia, con esa falta esencial de respeto que lleva a una persona a imitar. Y con él, millones de varones que copiaban con enorme esfuerzo la idea que se tiene de un varón, al lado de miles de mujeres que copiaban atentas la idea que se tiene de la mujer y miles de personas de buena voluntad copiaban con esfuerzo sobrehumano la propia cara y la idea de existir; sin hablar de la concentración angustiada con que se imitaban los actos de bondad o de maldad —con la diaria cautela de no resbalar hacia un acto verdadero, y por lo tanto incomparable, y por lo

tanto inimitable, y por lo tanto desconcertante—. En cuanto a eso, había alguna cosa vieja y podrida en algún lugar inidentificable de la casa, y la gente duerme inquieta, el malestar es la única advertencia de que se está copiando, y nos escuchamos a nosotros mismos atentos bajo las sábanas. Pero tan distanciados estamos por el acto de imitación que aquello que oímos nos llega tan carente de sonido como si fuera una visión en realidad invisible igual que si estuviese entre tinieblas tan compactas al grado de que las manos son inútiles. Porque hasta la comprensión uno imitaba. La comprensión que nunca estuvo hecha sino de lenguaje ajeno y de palabras.

Pero quedaba la desobediencia.

Entonces —merced al gran salto de un crimen—, hacía dos semanas, él se arriesgó a no tener ninguna garantía, y llegó al no comprender.

Y bajo el sol amarillo, sentado en una piedra, sin la menor garantía... el hombre ahora se regocijaba como si el no comprender fuera un acto de creación. Esa cautela que uno tiene para transformar la cosa en algo comparable y entonces abordable y, sólo a partir de ese momento de seguridad, mira y se permite ver porque felizmente ya será demasiado tarde para no comprender... esa precaución Martim la había perdido. Y de súbito el no comprender le entregaba el mundo entero.

Que estaba por completo vacío, a decir verdad. Aquel hombre rechazó el lenguaje de los otros y no tenía siquiera el cimiento de un lenguaje propio. Y aun así, vacío, mudo, se regocijaba. Todo estaba muy bien.

Entonces, para comenzar la charla, se sentaba uno en la piedra del domingo.

Y de un modo tal, con gusto perverso, el hombre se sentía ahora lejos del lenguaje de los otros que, por un atrevimiento que le venía de la seguridad, intentó usarlo de nuevo. Y le causó extrañeza, como un hombre que al lavarse sobrio los dientes no reconoce en sí al ebrio de la noche anterior. Así, al revolver ahora con fascinación aún cautelosa en el lenguaje muerto, intentó por un puro experimento dar el título antiguamente tan familiar de "crimen" a esa cosa tan sin nombre que le había sucedido.

Pero ¿"crimen"? La palabra resonó vacía en el descampado, y tampoco la voz de la palabra era suya. Entonces, finalmente convencido de que no sería capturado por el antiguo lenguaje, probó a ir un poco más lejos: ¿sintió acaso horror después de su crimen? El hombre esculcó minuciosamente en su memoria. ¿Horror? —y aun así era eso lo que el lenguaje esperaba de él—.

Pero también el horror se le volvió una palabra propia de antes del gran salto ciego que dio con su crimen. El salto había sido dado. Y el salto fue tan grande que acabó transformándose en el único acontecimiento con el cual podía y quería lidiar. Y hasta los motivos del crimen perdieron importancia.

La verdad es que el hombre había con sabiduría anulado los motivos. Y había abolido el propio crimen. Al tener ya cierta práctica con la culpa, sabía vivir con ella sin verse incomodado. Había cometido anteriormente los crímenes no previstos por la ley, de modo que acaso consideraba sólo una crueldad de la suerte el haber ejecutado dos semanas atrás uno que había sido previsto. Una buena educación cívica y un largo entrenamiento de la vida lo habían adiestrado a verse culpado sin traicionarse, no sería una tortura cualquiera que llevaría a su alma a confesarse culpada, y sería necesario mucho más para hacer que al final un héroe llorara. Y cuando eso sucede es un acontecimiento deprimente y repugnante que no soportamos sin sentirnos traicionados y ofendidos: quien nos representa es imperdonable. Sucede que, por circunstancias excepcionales, en dos semanas aquel hombre se volvió un héroe de la dureza: él se representaba a sí mismo. La culpa ya no lo alcanzaba.

¿“Crimen”? No. “El gran salto”: éstas sí parecían ser sus palabras, oscuras como el nudo de un sueño. Su crimen fue un movimiento vital involuntario igual que el reflejo de la rodilla ante el golpe: todo el organismo se reunió para que la pierna, de súbito incoercible, diera un puntapié. Y él no sintió horror después del crimen. ¿Qué sintió entonces? Una asombrada victoria.

Eso fue: sintió una victoria. Con deslumbramiento, vio que la cosa inesperadamente funcionaba: que un acto aún tenía el valor de un acto. Y también más: con un acto único se hacía de los enemigos que siempre había querido tener: los otros. Y más aún: él mismo quedaba al fin incapacitado para ser el hombre de antes pues, si volviera a serlo, se vería obligado a volverse su propio enemigo —una vez que en el lenguaje en que hasta entonces había vivido él no podría ser amigo de un delincuente—. Así, con un gesto único, ya no era un colaborador de los otros, y con un solo gesto dejaba de colaborar consigo mismo. Por vez primera Martim se hallaba incapacitado para imitar.

Sí. En aquel instante de asombrada victoria el hombre de repente descubría la potencia de un gesto. Lo bueno de un acto es que nos supera. En un minuto Martim se vio transfigurado por su propio acto. Después de dos semanas de silencio, he aquí que muy naturalmente había pasado a llamar su crimen un “acto”.

Es cierto que la sensación de victoria le duró sólo una fracción de segundo. Ya después no tuvo más tiempo: con un ritmo extraordinariamente perfecto y lubricado, siguió el profundo entorpecimiento de que había requerido para que naciera esta su actual inteligencia, que era grosera y espabilada como la de un ratón. Nada más allá de eso. Pero por vez primera, un utensilio. Por vez primera su inteligencia tenía consecuencias inmediatas. Y de tal

modo se volvió posesión total suya que él pudo hábilmente especializarla en protegerlo, y en proteger su vida. Tanto que al instante llegó a saber cómo huir igual que si todo lo que hizo hasta ahora en la vida diaria no hubiera sido sino un ensayo confuso previo a la acción. Y entonces aquel hombre se volvió por fin real, un ratón verdadero, y cualquier pensamiento dentro de esa inteligencia nueva era un acto, aunque ronco a la manera de una voz nunca usada. Era poco lo que él era ahora: un ratón. Pero en tanto ratón, nada en él era inútil. La cosa era excelente y profunda. Dentro de la faceta de un ratón, aquel hombre cabía entero.

Sí, todo eso llegó después del crimen a tal grado de perfección que Martim no tuvo siquiera tiempo de pensar en lo que había hecho. Sólo que primero —durante una fracción de segundo—, primero la victoria. Porque un hombre ha de tener algún día la gran cólera.

Él la tuvo. Y por vez primera, con candidez, se admiró a sí mismo como un niño que se descubre desnudo ante un espejo. Aparentemente, con la acumulación de pensamientos de bondad sin la acción de la bondad, con el pensamiento de amor sin el acto de amor, con el heroísmo sin el heroísmo, sin hablar de una creciente imprecisión de existir que se le terminó volviendo el imposible sueño de existir... aparentemente aquel hombre había olvidado que una persona puede actuar. Y descubrir que de hecho ya había involuntariamente actuado le dio de repente un mundo tan libre que llegó a aturdirse por la victoria.

Aquel hombre no se había siquiera cuestionado si alguien podría actuar sin que fuera por medio de un crimen. Lo que tercamente sabía, nada más, es que un hombre debía tener algún día la gran cólera.

—Yo era como cualquiera de ustedes —dijo entonces a las piedras porque le parecían hombres sentados.

Dicho esto, Martim de nuevo se zambulló en un silencio total como en una meditación. Estaba rodeado de piedras. El viento que soplabla ardiente lo traspasaba como en el descampado. Hueco y calmado, miró la luz calmada y hueca. El mundo era tan grande que él estaba sentado. Por dentro tenía el resonante vacío de una catedral.

—Imaginen —volvió a empezar inesperadamente cuando estaba seguro de que nada más tenía por decirles—, imaginen a una persona que haya necesitado de un acto de cólera —le dijo a una piedrecita que lo miraba con un tranquilo rostro de niña—. Esa persona vivió y vivió; y los demás también imitaban con diligencia. Hasta que la cosa se fue volviendo muy confusa, sin la independencia con que cada piedra se está en su lugar. Y no había siquiera cómo huir de sí porque los demás concretizaban, con impasible insistencia, la propia imagen de esa persona: cada rostro que esa persona miraba duplicaba

en una serena pesadilla el mismo desvío. Cómo explicarles a ustedes, que lucen la calma de no tener futuro, que cada cara había fallado, y que ese fracaso tenía en sí una perversión como si un hombre durmiera con otro hombre, pues así los hijos no nacían. “La sociedad era tan aburrida”, como dice mi mujer —se acordó el hombre sonriendo con mucha curiosidad. Había un error y no sabía dónde estaba—. Una vez yo estaba comiendo en un restaurante —contó el hombre animándose de súbito—. ¡No, no, ya estoy cambiando de tema! —descubrió sorprendido, pues su papá siempre tuvo la tendencia a cambiar de tema e incluso al momento de morir giró el rostro hacia un lado.

—Imaginen a una persona —continuó entonces— que no tenía valor para rechazarse: y entonces necesitó de un acto que hiciera que los demás la rechazaran, y ella misma no pudiera ya vivir consigo.

El hombre rio con los labios resecos al usar el truco de enmascararse bajo el título de otra persona, lo que en el momento le pareció muy bien como un golpe de astucia; se quedó satisfecho como siempre que conseguía engañar a alguien. Tal vez tuviera la vaga conciencia de que estaba representando y vanagloriándose, pero fingir era una nueva puerta que, al primer derroche de sí mismo, podía darse el lujo de abrir o cerrar.

—Imaginen a una persona que era pequeña y no tenía fuerza. Seguro sabía muy bien que toda su fuerza reunida, centavo a centavo, sólo sería suficiente para comprar un solo acto de cólera. Y seguro también sabía que ese acto tendría que ser muy rápido, antes que la valentía se le acabara, y que incluso tendría que ser histórico. Esa persona, entonces, cuando menos esperaba, ejecutó ese acto; y en él invirtió toda su pequeña fortuna.

Bastante asombrado por lo que acababa de pensar, el hombre se interrumpió con curiosidad: “¿fue eso entonces lo que me sucedió?” Era la primera vez que le ocurría.

Es cierto que hasta ahora no había tenido tiempo siquiera de pensar en su crimen. Pero, abordándolo por fin en ese instante, lo abordó de un modo que ningún tribunal lo reconocería. ¿Estaba acaso describiendo su crimen como un hombre que luego de pintar una mesa en un cuadro nadie la reconoce porque el pintor la ha pintado desde el punto de vista de quien se halla bajo la mesa?

¿Qué había hecho de su propio crimen aquel hombre, en sólo dos semanas?

Se siguió preguntando con unos restos de escrúpulo: “¿fue eso de veras lo que me sucedió?” Pero un segundo después era demasiado tarde: si ésta no era la verdad, habría de serla. El hombre sintió con algo de gravedad que este instante era muy serio: de ahora en adelante habría de lidiar con esta verdad únicamente.

Lo que se le escapaba era si había explicado de ese modo su crimen porque así realmente aconteció... o porque todo él estaba listo para ese tipo de realidad. O, incluso, si estaría dando falsas razones por la mera astucia de un fugitivo que se defiende. Pero un largo pasado de embotamiento tendencioso no le permitía aún saber en qué lugar de sí sus dedos sentirían cómo la vena respondía a la manera en que responde cuando uno toca en la verdad del sueño. Y mientras tanto él era alguien aún muy reciente, de modo que todo lo que dijo no sólo le parecía muy bueno, sino que se veía cayendo, deslumbrado un poco por el hecho de haber conseguido caminar solo.

En realidad, en ese momento su única conexión directa con el crimen concreto fue un pensamiento de curiosidad extrema: "¿cómo me pudo suceder eso a mí?" Se sentía inferior a los acontecimientos que había creado con el crimen. Porque le reventó sus hábitos de vida, una infelicidad que sólo suele suceder a los demás. Y de súbito no eran solamente palabras las que le habían ocurrido. Martim sinceramente se asombraba por el hecho de que la desgracia también lo había alcanzado y —más que esto— que él estuviera, por decirlo así, a su altura. Tenía una cierta vanidad de que por fin le sucediera el crimen que hasta entonces había sido sólo de los otros.

El hombre siguió mirando la mesa desde abajo —y lo que importaba es que la reconocía—. Es cierto que el hambre también volvía cualquier esfuerzo suyo algo bien fatigoso; las piedras, con todo, esperaban intransigentes la continuación. Entonces, para permitirle descansar, sabiamente la cabeza se le nubló un poco.

Después, volvió Martim a comenzar ahora más lento e intentó pensar con mucho cuidado pues la verdad sería diferente con las palabras correctas, cualquier persona sabrá que aquélla es la mesa sobre la cual comemos. De cualquier modo, ahora que Martim había perdido el lenguaje, como si hubiese perdido dinero, se vería obligado a fabricar aquello que quisiera poseer. Se acordó de su hijo, quien una vez le explicó: "sé por qué Dios creó al rinoceronte: fue porque Él no veía el rinoceronte, entonces hizo el rinoceronte para poder verlo". Martim estaba haciendo la verdad para poder verla.

Oh, es muy posible que estuviera mintiéndole a las piedras. Su única inocencia, al lado del hábito tendencioso de mentir, se hallaba en que desconocía en qué punto preciso vivía su mentira. Entonces, ante esa ambigüedad, la cabeza defensivamente se le nubló más. Y, gracias a un pequeño truco que traía consigo desde antes del gran salto, se volvió un ingenuo.

Recuperado, entonces, volvió a empezar su sermón a las piedras:

—Con un acto de violencia esa persona de quien estoy hablando mató un mundo abstracto y le dio sangre.

Y eso lo dijo con la resignación estoica de quien ha hallado un modo de

hacer que el énfasis ya no esté en mentir o decir la verdad. Aquel hombre acababa de desprenderse en definitiva. Luego, se quedó mirando muy satisfecho. La cosa se ponía cada vez mejor. Desde abajo, reconocía cada vez mejor la mesa.

Y ahora, sentado en la piedra con un pajarito en la mano, la boca seca por la sed y los ojos ardiéndole, aquel hombre entendía que después de su crimen nunca más requeriría de revuelta alguna. Tendría de ahora en adelante la oportunidad de vivir sin hacer el mal pues ya lo había hecho: era ahora una persona inocente.

Acaso con su crimen impensado ni había pretendido llegar tan lejos. Pero también eso le había ocurrido: se volvió una persona inocente. Y, por Dios, jamás había pretendido tanto: pero también se libró de una cierta piedad sofocante pues ahora ya no era un inculgado —“si es que me vas entendiendo”, pensó con fatuidad compenetrada, pues se libraba de la gran culpa materializándola—. Y ahora que había sido por fin expulsado, se hallaba libre. Era finalmente un perseguido. Lo que le confería todas las posibilidades de los que se desesperan. “Maté varios pájaros de un tiro”, dijo.

Las piedras, grandes y pequeñas, estaban a la espera. Martim se hallaba muy confiado porque, al no ser su auditorio más inteligente que él, se sentía a gusto. Además, ese hombre nunca había tenido un auditorio, por extraño que pareciera. Nunca se había acordado de organizar su alma en un lenguaje, él no creía en el habla —tal vez por el miedo de que, al hablar, él mismo terminara por no reconocer la mesa sobre la cual comía—. Si ahora hablaba es porque no sabía hacia dónde iba, ni sabía lo que le iba a suceder, y eso lo colocaba en el corazón mismo de la libertad. Sin mencionar el hecho de que la sed lo estimulaba como un ideal.

Además, el auditorio improvisado no tenía cultura, y él abusó entonces de esa condición del mismo modo que se había sanamente acostumbrado a abusar de un inferior y a sufrir el abuso de los superiores. Su propia falta de cultura lo había avergonzado siempre, él solía hacer interminablemente una lista siempre renovada de los libros que pretendía leer pero cada vez aparecía una obra nueva y eso lo desconcertaba, él, que no terminaba ni los periódicos; había incluso pretendido profundizar en “psicología colectiva” pues siempre batallaba con los números y siempre había sido un hombre que fácilmente imitaba la inteligencia: pero nunca tuvo tiempo, su mujer lo arrastraba al cine, adonde él iba con una sensación de alivio.

Las piedras esperaban. Algunas eran redondas y mortecinas como piedras lunares; eran en cierta forma bizcas, pacientes, aquellas niñas. Pero las otras eran piedras preciosas traídas del sol y miraban de frente. “Como joyas”, pensó, porque siempre tenía esa tendencia general a comparar todo

con joyas. Las piedras esperaban la continuación de lo que había empezado a pensar. De vez en cuando tenían un atisbo de la vida extrema que transmitía al hombre un doloroso impulso de vacía felicidad. “Creo”, pensó de repente, “que hasta que me muera seré muy feliz”.

El sol le dolía hondamente en la cabeza, y el hombre se obligó de nuevo a hablar porque sintió en sí una dura facilidad —como cuando se tiene algo que decir aunque no se sepa de qué modo, pero ese mínimo de inspiración nos da fuerza para la difícil búsqueda—. Hasta él quería hablar porque no hay una ley que impida a un hombre hablar. Y por ahora lo que le fascinaba a Martim era la ausencia de impedimentos. Además de eso, bien sabía que el mundo era tan grande que dentro de poco se vería incluso obligado a limitarse. Las piedras esperaban, venidas de todas partes para una conspiración —para la cual él traía, como un viajero, las últimas noticias—. Unas piedras eran pequeñas e infantiles, otras grandes y puntiagudas, todas sentadas en el mitin de la inocencia. Era un auditorio desigual en que se mezclaban infancia y madurez.

—Infancia y madurez —les dijo de repente—. Aunque hubo una época en que el mundo era liso como la piel de una fruta lisa. Nosotros, los vecinos, no la mordíamos porque sería fácil de morder, y había tiempo. La vida en aquel tiempo no era corta aún. Y mientras... los árboles crecían. Los árboles crecían como si en el mundo no hubiera sino árboles en crecimiento. Hasta que el sol se oscureció, nosotros nos acercamos, los pozos se multiplicaron y los mosquitos salían del corazón de las flores: crecíamos. Éramos maduros. Era más rico y siniestro, de algún modo se volvió mucho más algo que “vale la pena”. Las noches se hicieron más largas, se llegó a renegar de papá y mamá, había una horrible sed de amor. Reinaba el miedo. Y ya no bastaba haber nacido: se veía el heroísmo al nacer. Pero la elocuencia sonaba mal. Las personas chocaban en lo oscuro, toda la luz desorientaba cegadora, y la verdad sólo era útil un día. Todas nuestras dificultades daban pronto con una solución. Estábamos perdidos con las soluciones que nos precedían, a decir verdad el mundo nos precedía a cada paso. En pocos segundos una idea se volvía original: al ver una fotografía a contraluz y paralelepípedos mojados por la lluvia, exclamábamos unánimes y cansados: ésta es muy original. Todo estaba podrido y en lo profundo, listo para el parto, pero el niño no nacía. No digo que fuese bueno... ¡era excelente!, pero era como si uno sólo pudiese mirar, y la noche del sábado sería aquel infierno de voluntad generalizada en que no hay póquer. Y aun así nada se detenía nunca, se trabajaba hasta de noche. El poder había aumentado; las manos se volvían inteligentes. Todos eran poderosos, todos eran tiranos y jamás dejé que nadie me pisara los pies, mi astucia creció con el apoyo de cierta práctica. Aunque exis-

tieran los que, con todo y maduros, tenían... “tenían a la infancia como una lepra que les devorara el pecho”.

Esta última frase el hombre la dijo con vanidad porque le parecía que organizaba con un tanto de perfección las palabras. Ciertamente lo que hizo que Martim experimentara esa perfección fue el hecho de que sus palabras de algún modo superaron lo que había querido decir. Y, aunque se sintiera burlado por ellas, prefirió lo dicho a lo que había pretendido decir, debido a la forma mucho más verdadera como las cosas lo superaban. Lo que también le dejó, en el mismo instante, una sensación de fracaso... y de resignación al modo como acababa de venderse a una frase que tenía más belleza que verdad. La primera cosa que estaba comprando pródigamente con el nuevo dinero era un público... si bien éste ya lo obligaba a una verdad organizada. Eso lo decepcionó con algo de curiosidad. Pues sólo una vez, antes, él había hablado: bebió e hizo un discurso en una casa alegre donde las mujeres también parecían joyas que habían tomado asiento porque ya era de madrugada y el trabajo había terminado, y ellas eran infantiles y maduras.

—Sí, aunque algunos tenían la infancia en el pecho, como si solamente en la memoria estuviera nuestro futuro —informó a las piedras—. Pero también es verdad que los momentos de dulzura eran muy intensos. Y también es verdad que una música escuchada antiguamente podía detener toda la máquina y tumbar por un instante el mundo. “Un minuto de silencio”, decía el radio de mi mujer, “por la muerte del general”. Había un jodido malestar en este instante, nadie se miraba aunque no conociéramos al general. Éramos infelices con toda la fuerza de la virilidad. Además, no había otro modo de ser adulto, y uno gozaba y se aprovechaba, nadie era tonto. Es cierto que de vez en cuando alguien hablaba en voz excepcionalmente baja. Porque todos venían corriendo de todas las esquinas para oír esa voz. Aunque la verdad es que todos sufrían por no poder hacer una declaración y por no firmar tampoco.

—Pero —dijo el hombre un poco ofendido ante la impasible naturalidad con que las piedras aceptaban cualquier cosa que les dijera, tenía práctica con extranjeros que “nada tienen que ver con eso” y sólo se sacan fotografías—, pero ¡el mundo tampoco era sólo eso! —les dijo, patriota—. ¡Había también otras cosas muy buenas!, y por eso, aunque teníamos mucho que tolerar, nos queríamos tanto, ¡oh, cómo nos queríamos! Y hasta había paredes que se descascaraban —dijo el hombre un poco distraído perdiendo pie—. Algunas casas aún no se habían vendido, y mucha gente aún no estudiaba idiomas —dijo con envidia de quienes estudiaban idiomas—. E incluso, cuando uno alcanzaba un grado muy intenso de cansancio, como si nos quitáramos los zapatos, súbitamente se descorrían las cortinas del mundo entero frente a

nosotros. E incluso más de una vez, quizá por abrir la puerta equivocada, ¡entendíamos! Lo que de nuevo provocaba que a veces no hubiera sino árboles que estaban creciendo altos y tranquilos. Y, sobre todo, sobre todo los niños se levantaban de nuestros campos de batalla, frutos puros y fatales del amor desdichado.

Luego que Martim dijo lo que tenía que decir, si bien estaba muy satisfecho, se sintió cansado, como si hubiera un error en algo de lo que dijo —y estuviese de nuevo obligado a hacer toda la suma infinita de guarismos—. En algún punto no identificado, aquel hombre se veía preso en un círculo de palabras. “¿Se le olvidó informar algo?” Las piedras habrían sin duda de quedarse con una impresión falsa. Para quien nunca vio una cabellera, un pelo no era nada y, sacado del agua, el pez era sólo una forma.

Por honestidad quiso aclararles que él bien sabía que el sol era quien hinchaba sus palabras, y las hacía resacas y grandes; y que el sol insistente, con su silencio insistente, lo hacía querer hablar. Pero también sabía que si mencionaba el cansancio propio, las piedras inmediatamente dejarían de escuchar, porque al final sólo las personas en pleno gozo de sus facultades tenían derecho, lo que es muy justo. Pero como para sí mismo era importante lo que les decía, y como no podría explicarles que el cansancio estaba sólo sirviéndole de instrumento, Martim prefirió no abordar el asunto.

Mientras tanto, seguía sintiendo con fastidio que había olvidado decir una cosa esencial, sin la cual las piedras no entenderían nada. ¿Qué era? Ah. “Que el tiempo, mientras tanto, iba pasando.” Mientras todo aquello ocurría, el tiempo estaba por fortuna pasando.

¿Había olvidado también alguna otra cosa? Olvidó decirles lo que quizá invalidaba su derecho a hablar: que al no haber tenido vocación, y al estar por lo tanto libre de llamamientos, nunca se llegó a especializar realmente en un deseo, y por lo tanto jamás tuvo un punto de partida —lo que ciertamente invalidaba el modo como representaba a los otros ante las piedras—.

Bien, había olvidado decirles también —pero eso no se los diría porque sería luego malinterpretado y mal visto— que él siempre había aprovechado lo que se pudiera aprovechar, pues nunca fue un tonto. Que luego de decirle a un amigo que un negocio era malo, él mismo hizo el negocio y ganó sus buenos centavos y sintió ese buen triunfo en el pecho, insustituible por cualquier otro placer y que logra que un hombre ame a sus semejantes por el hecho de haberlos vencido. Olvidó contar que, luego de prometerse en matrimonio, no había dejado siquiera su nuevo domicilio. Pero, esa diablura, sólo quien la vive la entiende. Y uno se siente luego incomprendido cuando la explica. Así el tiempo iba por fortuna pasando, mientras los perros olisqueaban en las esquinas.

El hecho es que, luego de acordarse de todo eso, el hombre comenzó a juzgar su vida pasada muy buena, y una especie de nostalgia le llenó el pecho. Pero, también eso, sólo quien lo vive lo entiende. Al final, ¿qué podría decir, y que una piedra lo entendiera? “Que el tiempo estaba por fortuna pasando”, pues de tiempo estaba hecho el duro material de la piedra.

El tiempo estaba por fortuna pasando. Hasta que sucedía como con la comida que uno se comió durante el día y después de irse a dormir uno despierta a medianoche vomitando. El tiempo estaba por fortuna pasando.

Pero, con el tiempo pasando, al contrario de lo que sería de esperarse, él se fue volviendo un hombre abstracto. Como la uña que no consigue realmente ensuciarse: es sólo alrededor de la uña que está lo sucio; y si nos cortamos la uña ni siquiera nos duele, y crece de nuevo como un cacto. Él se fue volviendo un hombre enorme. Como una uña abstracta. Que se concretizaba cuando ocasionalmente él cometía alguna vileza.

Sí, fue eso lo que poco a poco empezó a suceder —se asombró el hombre—. Al contrario de una descomposición natural —que sería vagamente aceptable en el caso de un ser orgánico perecedero—, el alma se le había vuelto abstracta, y su pensamiento era abstracto: podría pensar lo que quisiese, y nada le sucedería. Era la condición de lo immaculado. Había una cierta perversión en volverse eterno. Su propio cuerpo era abstracto. Y las otras personas eran abstractas: todos se sentaban en las butacas del cine a oscuras, veían la película. A la salida del cine —y esto sin olvidar el dulce viento que nos esperaba, y que ni siquiera puedes imaginar pues nada tiene que ver con el estúpido sol de que una piedra es víctima y del cual está hecha—, a la salida del cine, ante el dulce viento, había un hombre de pie pidiendo limosna, entonces le dábamos limosna abstracta sin mirar al hombre que tiene el nombre perpetuo de mendigo. Después nos íbamos a dormir en camas abstractas que se sostenían en el aire con cuatro pies; amábamos con un poco de concentración; y dormíamos como una uña que creció de más. Éramos eternos y gigantescos. Yo, por ejemplo, tenía un vecino enorme.

¡Todo iba tan bien! Cada vez más purificado.

Pero a medianoche de repente se despertaba vomitando, y uno se preguntaba entre una náusea y la siguiente —en medio de la fantasmagórica revolución que es una luz encendida en la noche— qué había comido durante el día que pudo haberle caído tan mal. La uña cada vez más grande, ya no se podía cerrar el puño.

—Hasta que un día, entonces, un hombre se concretiza en la gran cólera —les dijo Martim como si estuviera encarnando la propia lógica.

Hasta que un día un hombre salía al mundo “para ver si es verdad”. Antes de morir, un hombre necesita saber si es verdad. Un día por fin un hom-

bre tiene que salir en busca del lugar común de un hombre. Entonces un día el hombre fleta su navío. Y, de madrugada, parte.

—¿Quién no ha deseado viajar alguna vez? —dijo Martim intentando penosamente transformar lo que pensaba en algo que él mismo pudiera comprender: una mesa encima de la cual se ponen los platos.

—Imaginen a un hombre... —dijo entonces volviendo con mucha sensualidad a la tercera persona.

Fue cuando, entregado al juego, de repente tomó conciencia de ello con una conmoción de reconocimiento. Pues, sentado en la piedra, lo que hacía no era sino... pensar. Se había vuelto de nuevo un triángulo al sol, tal vez un emblema incorpóreo para las incorpóreas piedras, pero no para el ratón vivo que quería ser.

Con una conmoción, el hombre miró hacia las piedras que ahora no pasaban de ser piedras, y él de nuevo no pasaba de ser un pensamiento. Desamparado un instante, detenido por sí mismo en flagrantia, el hombre miró a todos lados. Pero ya había avanzado hasta un punto en que no sabría cómo librarse del vicio inútil sino con el auxilio viciado de otro pensamiento. Por un instante aún buscó ese pensamiento... lo que mostraba hasta qué punto aún se socorría del hecho de ser la uña que raya el paño y con la misma uña borra lo que estaba inscrito.

Pero al momento siguiente notó el proceso. Y porque aquel hombre parecía no querer usar nunca más el pensamiento ni para combatir otro pensamiento... fue físicamente que de súbito se rebeló en cólera, ahora que por fin había aprendido el camino de la cólera. Los músculos se le comprimieron salvajemente contra la sucia conciencia que se había abierto en torno a la uña. Ilógico, luchaba primitivamente con el cuerpo, retorciéndose en una mueca de dolor y de hambre, y con voracidad todo él intentó volverse apenas orgánico.

Cuando se le hubo calmado la histeria de la sed, el sudor le escurría por el rostro. Tenía helada la frente, el esfuerzo físico de la lucha lo había dejado débil y atontado. El sol sacaba chispas de las piedras. Débil, con el estómago seco, Martim nunca había visto nada tan brillante como el sol cuando brilla. El descampado, blanco de luz, lo rodeaba. El silencio tenía un estruendo en su interior. Vagamente reconoció aquella luz: era la luz excesiva de que vivió mientras fue hombre.

Cansado, respiró hondo. Aún lo recorrió un espasmo tardío como un cólico. Y el último movimiento frenético se detuvo como una convulsión de caballo. Al abrir la mano que duramente se le había contorsionado... vio entonces que el pajarito estaba muerto.

El hombre le echó un vistazo. Hasta las piernas ya parecían viejas y estremecían leves la brisa. El pico era duro. Sin el ansia, el ave.

De nuevo la cólera del hombre acabó por volverse un crimen. Miró el pájaro con atención. Estaba admirado consigo mismo. Se había vuelto un hombre peligroso. De acuerdo con las leyes de caza, un animal herido se vuelve un animal peligroso. Miró el pajarito al que había amado. Lo mató, pensó con curiosidad.

Entonces, como si hubiera hecho algo definitivo, el hombre sobrio y tranquilo se levantó de la piedra. Lo que había de arrobo incontrolable en un acto es que todo acto lo superaba. Con algo de reticencia se obligó a levantarse, y quisiera o no estaba obligado a ir ahora al encuentro de la recompensa de lo que él mismo había creado. Se levantó despacio, evitando pensar en que acababa de matar justamente lo que más amaba.

Y como si hubiera sobrevivido a la muerte del pájaro, se impulsó a mirar el mundo en eso mismo a lo que él mismo acababa de reducirlo:

El mundo era grande.

En ese mundo el follaje crecía sin sentido y pájaros famélicos volaban como si fuera domingo. El árbol que vio estaba de pie. En la belleza del silencio, el árbol. Fue así que el hombre vio profundamente. Miró frente a frente la minuciosidad con que la belleza del árbol era inútil. Trescientas mil hojas temblaban en el árbol tranquilo. El aire tenía tanta gracia, verdaderamente en exceso, que el hombre desvió los ojos. En el duro suelo se empinaban los arbustos. Y las piedras.

Eso le había quedado.

Aquel hombre ahí de pie no entendía qué ley disponía el viento arisco y el brillo silencioso de las piedras. Pero haber depuesto las armas de hombre lo entregaba sin defensa a la armonía inmensa del descampado. También él puro, armónico, y también sin sentido.

Lo sorprendía la extraordinaria paz del infierno. Nunca lo había imaginado con este silencio en que se escuchaba cada gesto suyo. Ni con la ingenua perseverancia de un árbol. Ni con este sol enorme al alcance de la mano. No esa cosa que no necesitaba de él y a la que acababa de agregarse como un astro más.

Enseguida, una vez visto lo que una persona puede ver, Martim depositó con cortesía el pajarito sobre el gran árbol. La última cosa que habría de olvidar estaba muerta.

Entonces volvió a comenzar su camino como si supiera a dónde iba. Los pasos lo mantenían ocupado.

Ya en la tardecita Martim empezó a imaginar —por la cualidad de la tierra más fina y por el casual encuentro de árboles frutales— que tal vez se acerca-

ba a algún poblado. Intentó comer una de las frutas desconocidas que, verdes y sin jugo, sólo le desgarraban la boca tan ávida. Pero un aire más fresco soplabá, y traía el olor del agua corriente. La tierra ahí era más sombría. Y el encuentro de matorrales le dio una sensación de humedad que con lascivia le provocó escalofríos en la espalda seca.

El mismo silencio se había vuelto diferente. Aunque el hombre no percibiera ningún sonido, los pajaritos volaban más agitados como si escucharan algo que él no. El hombre se detuvo, atento. Había un desplazamiento de aire como si un dinosaurio se trasladara lento en alguna parte del globo.

Y, siguiendo su camino, a veces el viento le traía un clamor vago, una reivindicación más intensa. Era una alarma de vida que delicadamente alertó al hombre. Pero con la cual él no supo hacer nada, como si viera una flor al abrirse y sólo la observase.

Martim sólo constató la propia sensación, pues tenía cuidado de no constatar de más y dejar de percibir. El violento alarido le llegaba como si desde muy lejos le soplaran cerca del oído: fue ésta la oscura noción de distancia que tuvo, y se detuvo olfateando. Entregado con perplejidad al recurso de sí mismo, parecía querer usar el propio desamparo como brújula. Probó calcular si estaría cerca o infinitamente lejos de aquello que sucedía en algún lugar. Apenas se detenía, y de nuevo el silencio del sol se rehacía y lo desorientaba.

Probablemente aquella cosa para la que, incierto, el hombre caminaba había sido creada sólo por su ansia. Y aquel modo intenso de querer acercarse —pues suelto en el campo de luz lo que aquel hombre parecía sólo querer era oscuramente acercarse—, seguro su modo desordenado de querer acercarse no pasaba de un remplazo a su ausencia de lenguaje. Quién sabe si “querer” sería de ahora en adelante su única forma de pensar. Martim siguió avanzando, sin darse cuenta de que apresuraba los pasos en dirección a nada más que una alusión del viento.

Hasta que inesperadamente éste le trajo de nuevo, en una conquista de su propia atención extrema, la misma especie de baldía estridencia como si la claridad de tan insistente se hubiera vuelto audible. El hombre entonces se detuvo, anulándose cauteloso. Y todo el rostro intentó captar el rumbo de esa otra cualidad de silencio. Pero entonces sólo el aire vacío le pegó en el cabello. Su agudeza auditiva parecía haber alcanzado una gracia de invención... pero justamente cuando su receptividad se volvió más fina, él ya no tenía nada que escuchar.

Como la brisa soplabá de su lado izquierdo, concentradamente se desvió del camino que seguía... y, muy diligente, con la minuciosidad de un artesano, buscó caminar de modo que siempre le diera en pleno rostro. Fue así que su rostro a tientas buscó seguir el camino abierto en el aire y que prometía...

¿qué? El viento, el viento acaso. El hombre no tenía ningún plan formado y, como arma, parecía tener sólo el hecho de estar vivo. En la tarde ya más tranquila, había caído ahora en una clarividencia vacía y humildemente intensa que lo dejaba cuerpo a cuerpo con el pulso más íntimo de lo desconocido. Su voluntad siguió avanzando.

Ahora, de modo más metódico a cada paso, cada vez que el viento empezaba a pegarle sólo en una de las mejillas o incluso en la nuca, el hombre, paciente como un burro, corregía la dirección de sus pasos hasta sentir la boca de nuevo tocada por la humedad. Y era sólo de ese modo que de vez en cuando, otra vez, la calmada resonancia lo alcanzaba como si él la hubiera creado. Su lucha dura y sutil amenazaba prolongarse indefinidamente.

Pero cuando aquel hombre llegó a lo alto de la ladera —como si hubiese al fin logrado una ilusión perseguida toda su vida y fuera llevado por su propia embriaguez, súbitamente capturado en un remolino de finísima alegría—, el aire se abrió en libres torbellinos de viento. Y se percató en pleno alarido de que éste era tan inaprehensible como si fuera el sonido del poniente.

¡No se había equivocado! ¿Qué era? Sólo era el viento. ¿Qué era? Pero era la altura de una montaña. El corazón le latió como si él mismo se lo hubiera tragado. Él, el hombre, había desembarcado.

Era una atmósfera de júbilo. De vacío y vertiginoso júbilo, como sucede inexplicablemente a un hombre en lo alto de una montaña. Él nunca había estado tan cerca de la promesa que parece hacersele a una persona al nacer. Embrutecido, abrió varias veces la boca como un pez. Parecía haber alcanzado aquella cosa que una persona no sabe pedir. Aquella cosa a la que vagamente él sólo podría decir: lo conseguí. Como si hubiera provocado lo más profundo de una realidad imaginada. A veces uno está tan ávido de una cosa, que ésta llegaba a suceder, y así se formaba el destino de los instantes, y la realidad de lo que esperamos: su corazón, ansioso por latir y latir cada vez más espaciosamente. Y como para un pionero que pisa por vez primera una tierra extraña, el viento cantaba alto y magnífico.

Con qué sentido el hombre cansado lo percibió, no se sabría decir, tal vez con la aguda sed y con su postrer desistimiento y con la desnudez de su incomprensión: pero había júbilo en el aire. Que en realidad le resultó tan inasimilable cuanto aquel azul casi inventado del cielo y que, como todo azul suavísimo, terminó por atontarlo en una gloria disparatada y en noble gloria. La armadura interior del hombre chispeó. Inalcanzable, sí, pero en el aire había júbilo como le había sido prometido alguna vez en las procesiones o en algún rostro tranquilo de mujer o en la idea de que un día habría de alcanzar eso mismo que termina por precipitar el alcance. Y a ese hombre, que era un

exagerado, le pareció que por así decir había trabajado duramente para llegar a esa cosa valiosa e inútil. Sería una sonrisa imbécil la suya, si un espejo lo reflejara.

No fue sino hasta entonces que Martim se percató de que había estado caminando en la meseta inmensa de una serranía, cuyas primeras escarpas había ciertamente saltado durante la noche, juzgando dificultad suya lo que había sido la dificultad de una subida en las tinieblas; y, más tarde, tomando como cansancio suyo lo que en realidad había sido un gradual acercamiento al sol. Pero lo que importaba es que él había llegado. La vehemente felicidad del cielo aumentaba el peso del extraño corazón. Había una gravedad en el estar ahí que él mismo no comprendía. Pero a cuyo sentido desconocido correspondió con el rostro que un hombre tiene cuando el viento y el silencio le pegan en el rostro. De algún modo, pues, ¡no era mentira! Porque, vacilante de cansancio, estaba ahí de pie como si un hombre tuviera una profecía dentro de sí. De pie, con las piernas enraizadas de cansancio, dominado por la trémula avidez interior de un hombre que va a aprender a leer. Y a la orilla de su mutismo, estaba el mundo. Esa cosa inminente e inalcanzable. Su corazón hambriento dominó torpe el vacío.

Era un tiempo sorprendente. El hombre por fortuna ni siquiera intentó comprenderlo. Acaso lo que había en él fueran sólo ecos de lo que escuchó decir: “que en lo alto de una montaña uno descorre las cortinas”.

Sólo que él no descorrió nada. Y si, en su entorpecimiento, groseramente reconoció aquel instante en la montaña, fue sólo porque una persona reconoce lo que desea. En el lenguaje ni siquiera había una palabra que diera nombre al hecho de, en el agigantamiento de sí mismo, alcanzar lo alto de la montaña. Entonces Martim dijo en voz alta:

—Aquí estoy, en el corazón de algo.

Por lo menos físicamente intentó con algo de dignidad mantenerse al nivel de lo que había encontrado: se irguió en toda su despierta altura. Lo que no aguantó mucho tiempo. Y se sentó en el suelo.

Sentado en el suelo, el país era muy bonito. Un principio de poniente sobrevolaba en una máscara de claridad detenida. La armonía —una armonía inmensa y sin sentido— giraba con su cabeza vacía. El sol se estremecía fijo con un castigo de vitral. Ahora que Martim había extrañamente provocado su propia llegada, no sabía qué hacer. Así, pues, el hombre se quedó sentado, sumiso, respirando. Era verdad, entonces. Mucho más temprano de lo que él podía entender, pero era obstinadamente verdad.

Hasta que todo verdeó. Una transparencia se había vuelto paz en el descampado sin dejar una mancha más clara. Entonces la cabeza ahuecada por la sed súbitamente se calmó.

—¿Qué luz es ésa, papito? ¿Qué luz es ésa? —preguntó con voz ronca.

—Es la del término del día, hijo.

Y así era. La luz se trascendía en un gran misterio.

4

Con la nueva limpidez de lo visible, el letargo del hombre desapareció. Y como si su energía ahora estuviese a su propio alcance y medida, se irguió sin ningún esfuerzo. Lo dominaba una impersonal sensación de alerta como la de un tigre de patas mullidas. Él era ahora real y silencioso.

Cuando llegó al punto de la ladera desde donde sólo podría descender, divisó la casa rodeada de tierras verdes allá abajo, como a sus pies, pero en un tamaño diminuto que le dio una idea de la verdadera distancia. Comenzó entonces a descender por el declive, apoyando suavemente la espalda en el propio declive. Guiado por la sed como único pensamiento, el hombre no sintió los continuos pasos y se halló al fin en el mismo nivel del siguiente: la casa distante, otro hombre a lo lejos estaba sentado bajo un árbol, varios perros desperdigados en el suelo.

Martim vio ahora el caserón en pie de igualdad: era más grande de lo pensado y había un denso agrupamiento de árboles oscuros, él no podía saber a qué espacio de la casa correspondía pero sin duda sólo a la parte trasera. El fin oscuro del bosque se confundió con la propia distancia, y se movió hacia delante y hacia atrás ante sus ojos, como un hombre que pisa tierra firme después de hallarse en altamar.

Avanzaba con la liviandad del cansancio, como si usara zapatos tenis. Lo dominaba una astuta elegancia: se iba preparando para enfrentar gente. Y cuanto más se acercaba, más reconocía aquel quieto tumulto de vida que horas antes había olisqueado y al cual parecía dar el nombre íntimo de "ideal" —y que ahora mismo, aún no dividido en sonidos, le era familiar—. Sin la falsa alegría de lo más alto de la ladera, que se había vuelto sólo un muerto pasado, y sin ninguna promesa; pero acogedor como un lugar donde hay agua. Su radiante vértigo de la altura de la ladera se había transformado en nada más que sed, y en una incierta astucia. Es verdad que el cielo morado, altísimo, aún lo embriagaba un poco.

Avanzaba ligero. A esa altura su cabeza vacía ya no le era de ninguna ayuda. En realidad, su avance parecía únicamente guiarse por el hecho de que aquel hombre se hallaba entre la tierra y el cielo. Y lo sustentaba la impersonalidad extraordinaria que había alcanzado, como un ratón cuya única individualidad es aquello que heredó de otros ratones. Esa impersonalidad

*Novelas II. La manzana en lo oscuro. La pasión según G.H.
Un aprendizaje o El libro de los placeres, de Clarice Lispector,
se terminó de imprimir en el mes de junio de 2022
en Arcángel Maggio - División Libros, Lafayette 1695,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 3.000 ejemplares.*

La narrativa de Clarice Lispector resulta poco convencional al generarse desde una cualidad interior rodeada de misterio, muchas veces silenciosa y meditabunda; surgida a partir de impresiones, sensaciones y sentimientos de la vida cotidiana, sus obras examinan lo oculto, lo secreto y cierta necesidad por nombrar el mundo y nombrarse a sí mismo.

En este volumen se reúnen las novelas: *La manzana en lo oscuro* (1961), *La pasión según G. H.* (1964) y *Un aprendizaje o El libro de los placeres* (1969). Sus páginas nos acercan, primero, a la historia de un hombre que huye, tiene un éxodo y llega, finalmente, a una hacienda donde dos hermanas: Vitória y Ermelinda, sin saberlo lo orillan a un nuevo descubrimiento y creación; después, el momento en que G. H., mientras limpia el cuarto de servicio, tiene un encuentro inesperado que la lleva a un caudal de reflexiones íntimas y al trascender del ser; por último, el viaje emprendido por Lóri en la búsqueda de sí misma, de su voz y del goce del placer sin culpa. Los personajes de estas novelas avanzan, pues, hasta llegar a un aprendizaje definitivo de la existencia que los aproxima y los iguala en grado, sufrimiento y gozo a cualquier persona.

Clarice Lispector (Chechelnik, 1920-Río de Janeiro, 1977) es considerada una de las más importantes escritoras brasileñas del siglo xx. Estudió derecho en Río de Janeiro mientras colaboraba con algunos periódicos y revistas locales. En 1943 sorprendió a la intelectualidad brasileña con la publicación de *Cerca del corazón salvaje*, novela por la que recibió el premio de la Fundación Graça Aranha. Viajó mucho y vivió en varios países de Europa y en los Estados Unidos. Escritora que definía su estilo como un “no estilo”, su vasto legado está formado por relatos, novelas, libros infantiles, poemas, fotografía y pintura.

ISBN 978-607-16-7261-2

